

REVISTA NEGRA

SOBRE EL LLORAR

Las lágrimas lindas son las que brotan como un manantial. De hombre o de mujer, de niño o de adulto, no importa. Son esas lágrimas, que surgen de una fuente que se intuye genuina e irrefrenable, las que hacen afirmar que la institución del llanto, por más lágrimas de cocodrilo que existan, sigue vigente y goza de buena salud.

Llorar hace que uno se sienta vivo. Ese llanto terrible por lo incontrolable, que tantísimos hemos perdido en el camino (pero que, de repente aparece de maneras impensadas) permite esa intuición lejana y escondida que dice, no sin cierto gozo: "estoy vivo y siento que lo estoy, no sólo soy una máquina de producir sucesos sin alma".

En lo que a adultos concierne, conmueve más el llanto difícil, ese que surge de quien no llora habitualmente. Los hombres duros, por ejemplo. Uno percibe cómo las lágrimas van abriéndose camino por donde hace mucho que no transitan. Los músculos encargados de toda esa convulsiva tarea de llorar se ven sorprendidos al ser convocados al trabajo. La coraza del hombre recio se deshace y, convengamos, para que esa coraza se derrita solo podemos pensar que hay una buena causa, un dolor real, una tragedia o un despertar del alma que conmueve hasta el caracú. Claro...también puede ser una película que toque vaya uno a saber qué fibras íntimas del ahora mojado por mil lágrimas.

Por otro lado, hay quienes lloran más fácil y, sin embargo, no por ello son menos genuinos en el sentir. Las mujeres, por ejemplo.

Ellas tienen más corto el camino de la lágrima. Inclusive la usan a veces como lenguaje, hablan con las lágrimas, dicen las cosas del alma con el llanto. No solo las descarga, las expresa, las dice. Y lo más notable: no tienen vergüenza, dichosas ellas.

Se dice en ciertos ámbitos **psi** que los varones debieran tener más cerca su emocionalidad, ignorando que en ellos la emocionalidad existe, pero suele traducirse en actos y no en expresiones directas. De allí que, ante situaciones desgraciadas, es habitual que los hombres, antes de llorar, trabajen mucho, muchísimo...o jueguen al golf, fútbol o pelota paleta. Lo hacen como manera de salir de ese territorio que no desean demasiado para sí: el del habitar la emoción sin metáfora, sin intermediarios. Es bueno que así lo hagan si así lo desean...ellos lloran después, a la noche, o meses después. La ficha les cae distinto.

Mujeres, dense por enteradas.

Llorar suele hacer bien, pero no siempre. Sobre todo cuando el llanto suple alguna acción o responsabilidad que se deba asumir. Por ejemplo, si llega la hora de la batalla no se debe llorar, porque las lágrimas inhiben la necesaria visión para el combate. Por eso, a veces se desea llorar y no se debe. En esos casos, quizás convenga guardar ese llanto para horario más apropiado.

Asimismo, a veces lo apropiado es llorar y dejar que el llanto tenga poder en la situación. Es cuando uno no puede contener las lágrimas en, por ejemplo, una reunión de trabajo y todo el panorama cambia. El que llora rompe el juego de las cabezas hiperacionales y trae consigo una nueva racionalidad que pide, a lágrima viva, entrar en la escena. En esos casos ocurre lo que suele llamarse "humanización de las situaciones", algo que se produce solo cuando se está rodeado de gente mínimamente decente y con algún atisbo de corazón. En caso contrario se dirá que el que llora o es una histérica, un maricón y/o que "tiene problemitas".

Antes mencionamos a las "lágrimas de cocodrilo". Son esas que nos hacen pensar que debiéramos conmovernos ante el que llora y, al no sentir lo que se espera que sintamos, nos hacen sentir culpa. Es que las lágrimas también son parte de una industria. Miles han sucumbido ante la supuesta tristeza de quien, en realidad, solo quería hacer un levante apelando a la solidaridad conmovida del otro sexo. Caballeros andantes y damas redentoras, heridos y heridas al comprobar el engaño, pueden dar fe de lo antedicho.

A su vez, y siguiendo con el tema de la industria, digamos que anestesiados emocionalmente como estamos, a veces vendemos el alma con tal de que nos abran el

corazón a patadas llorosas, tal como los lacrimogenos programas de TV lo hacen, desde antes de aquel "si querés shorar, shorá" de la insufrible Moria, que marcó un hito en la historia de la lágrima industrial.

Son traiciones que se le hacen al noble llanto, el del manantial, el que nos hace sentir la vida desde las entrañas y nos salva de ser solo testigos tribuneros de la existencia. Las lágrimas, como la sangre, se vierten en nombre de males y bienes de este mundo.

Empañan la mirada de los ojos, pero alumbran una inteligencia diferente, una percepción sobre el mundo que incluye al corazón, sin los chirridos metálicos de la cabeza que todo lo cree poder, pero no, no puede.

Miguel Enrique Espeche